

Y tú ¿conoces a una mujer que haya vivido tantas aventuras?
Claro que sí, porque todos los hombres y las mujeres podemos trabajar en este mundo construyendo el Reino de Dios y llevando la Buena Nueva, como lo hace Jesús.

Delfina Sieiro Jiménez

Plegaria Universal

1. Padre que tanto nos amas, permite que toda tu Iglesia, que está formada por cada uno de nosotros, viva siempre iluminado por la luz de Jesús y nunca en la oscuridad. Te lo pedimos Padre.
2. Padre que tanto nos amas, permite que el Papa, los obispos, los sacerdotes, los religiosos, las religiosas y los diáconos prediquen incansablemente, para que todos se conviertan y sepan que tu Reino ha llegado. Te lo pedimos Padre.
3. Padre que tanto nos amas, permite que los gobernantes de todo el mundo, permitan que en sus pueblos se proclame la Buena Nueva: que Jesús ya llegó y viene a curar toda enfermedad y sufrimiento. Te lo pedimos Padre.
4. Padre que tanto nos amas, permite que los enfermos y todos los que sufren, estén atentos a la voz de tu Hijo, que desde su enfermedad los llama, para que lo sigan. Te lo pedimos Padre.
5. Padre que tanto nos amas, permite que María, nuestra Madre interceda por nosotros para que sintamos la mirada de Jesús que nos elige para seguirlo y dejemos todo para ser como Él, sin echarnos nunca para atrás. Te lo pedimos Padre.

Erika M. Padilla Rubio

Síguenos en youtube. Entra al canal PalabraObra.

Estamos felices de poder hacer llegar a ustedes nuestra Revista Infantil, que tanto éxito ha tenido.

Pueden verla entra a www.palabayobra.org y da clic en Revista Infantil.

Tenemos más de 27,000 suscriptores y seguramente podremos llegar a más.

Para suscribirte envía un mail a contacto@palabayobra.org con el asunto suscripción revista infantil. Al inicio de cada mes te llegará a tu mail.

Palabra y Obra ©©

Palabra y Obra A.C. Todos los derechos reservados. México D.F. Campestinos 401. Col. Santa Isabel Itzapalapa. C.P. 09820. D.F.
Mail: contacto@palabayobra.org Tel. 51 35 21 80.

© Comisión Arquidiocesana de Catequesis
Durango 90, 10° piso Tel. 5208 3200 ext. 2020

Síguenos en twitter.com/palabayobra y en Facebook: Palabra y Obra.

VIDA DE LA IGLESIA

...para Niños!!!



3er Domingo Ordinario

EVANGELIO (Mateo 4, 12-23)

Llamamiento de los cuatro primeros discípulos



Santiago

Santiago: Hola Jesús, ¿es verdad que casi cuando empezaste tu misión, escogiste a un Santiago para ser tu discípulo?

Jesús: Sí Santiago, uno de mis discípulos es tu tocayo.

Santiago: ¿Me puedes contar cuándo empezó tu misión y cómo fue que escogiste a Santiago?

Jesús: Cuando oí que Juan había sido tomado prisionero, me retiré a Galilea. Y dejando Nazareth, me fui a vivir a Cafarnaún junto al mar, en el territorio de Zabulón y Neftalí.

Santiago: Eso significa que en cuanto Juan dejó de predicar que la gente se convirtiera, Tú te cambiaste de casa y te fuiste a vivir a Cafarnaún.

Jesús: Como Juan había dejado de predicar, Yo tenía que comenzar a hacerlo.

Santiago: Pero ¿por qué te cambiaste de Nazareth a Cafarnaún?

Jesús: Para que se cumpliera lo dicho por el profeta Isaías: ¡Tierra de Zabulón y tierra de Neftalí, camino del mar, allende el Jordán, Galilea de los gentiles!
El pueblo que habitaba en tinieblas ha visto una gran luz; a los que habitaban en paraje de sombras de muerte una luz les ha amanecido.

Santiago: Y es verdad, porque Tú eres la luz del mundo. Él que está contigo nunca más tiene oscuridad en su corazón.

Jesús: Desde entonces comencé a predicar y a decir: «Conviértanse, porque el Reino de los Cielos ha llegado».

Santiago: Juan también decía conviértanse, pero es Contigo cuando el Reino de los Cielos llega, pues es Contigo como empieza a reinar Dios en nuestros corazones. ¿Fue ese día cuando empezó a reinar Dios en el corazón de Santiago?

Jesús: Caminando por la ribera del mar de Galilea vi a dos hermanos, Simón, llamado Pedro, y a su hermano Andrés, echando la red en el mar, pues eran pescadores, y les dije: «Vengan conmigo, y los haré pescadores de hombres». Y ellos al instante, dejando las redes, me siguieron.

Luego caminando más adelante, vi a otros dos hermanos, Santiago el de Zebedeo y a su hermano Juan, que estaban en la barca con su padre Zebedeo arreglando sus redes; y los llamé. Y ellos al instante, dejando la barca y a su padre, me siguieron.

Santiago: Yo creo que cuando Tú viste a estos hermanos no los viste sólo con los ojos, sino miraste su corazón. Ellos se supieron elegidos por Ti y por eso no pudieron echarse para atrás. Nada los detuvo, ni su trabajo ni su familia. Todo lo dejaron para seguirte.

Y después ¿Tú qué hiciste?

Jesús: Recorría toda Galilea, enseñando en las sinagogas, proclamando la Buena Nueva del Reino y curando toda enfermedad y toda dolencia en el pueblo.

Santiago: Y Contigo siempre estaban tus discípulos.

Erika M. Padilla Rubio

Héroes entre nosotros

Hola, ¿sabes que hace muchos años Canadá fue un territorio habitado por los indios iroqueses? ¿y que este país fue colonizado por Francia?

Pues yo Margarita, viví una gran aventura en los tiempos de los colonizadores y de los indios nativos de América. Te voy a contar mi historia.

Yo soy Margarita Bourgeois. Nací en Francia en 1620. En aquellos tiempos se acostumbraba que las mujeres que querían llevar una vida religiosa consagrada a Dios, entraban a un convento o monasterio y ya no salían nunca más. A esto se le llama "clausura". Pues cuando yo tenía 20 años quise ingresar al convento de las hermanas

Carmelitas, pero no fui aceptada. Después traté de entrar al convento de las hermanas Clarisas, pero tampoco fui aceptada.

Así fue como el Padre Gendret y yo vimos que era necesario fundar una congregación sin clausura, es decir, en donde las hermanas pudieran salir a trabajar y servir al exterior de su convento. Pero esta idea fracasó y no se pudo llevar a cabo en ese momento.

Mientras esto ocurría, Francia estaba colonizando América. Uno de los primeros gobernadores de Canadá me invitó a trabajar como maestra en una pequeña villa francesa llamada "Villa María". Así fue como me embarqué en un viaje que duró 4 meses. Cuando al fin llegué a este lugar me encontré que Villa María era un pequeño pueblo de 2,000 personas que habitaban dentro de un "fuerte". Así se protegían de los nativos del lugar. Los indios iroqueses estaban molestos por nuestra llegada y nos querían atacar.

Yo enseñaba catecismo, ayudaba en la enfermería curando a los enfermos y a los soldados heridos. Cada vez me sentía más cerca de Dios y sentía que tenía que hacer algo más por aquellas personas.

Hice que se restaurara una gran Cruz que había sido destruida por los indios y también animé a todos para construir una nueva capilla dedicada a Nuestra Señora. Un año después logré inaugurar la primera escuela, que se hizo reformando un antiguo establo. Fueron 12 niños los primeros alumnos que tuvo esa escuela. Los años que siguieron fueron muy difíciles y agitados a causa de la guerra contra los indios iroqueses. Al terminar la guerra, la pequeña villa se convirtió en una verdadera ciudad. ¿Sabes cómo se llama? Se llama Montreal.

Yo ayudé a la fundación de la ciudad de Montreal.

Fue en ese tiempo en que insistí en que en la escuela fueran aceptados los hijos de los indios. Así fue como todos empezaron a convivir en armonía dentro de la escuela.

Regresé 8 veces a Francia para buscar jóvenes que quisieran ayudar en la tarea de la educación. En varias ocasiones también llevé conmigo a muchachas huérfanas campesinas que deseaban educarse y vivir en el Nuevo Mundo. Ellas formaron hogares cristianos y así iba creciendo cada día más nuestra ciudad.

En uno de mis viajes convencí al rey Luis XIV para que aceptara interceder por la fundación de la Congregación de Nuestra Señora. Fue así como finalmente logré fundar un convento en Canadá.

Años más tarde el convento se incendió y entonces Monseñor Laval quiso que nos uniéramos con otra congregación que sí era de clausura. Esto fue difícil ya que no se aceptaba la idea de que una comunidad religiosa fuera misionera y sin clausura, pues nosotras nos dedicábamos a ayudar a los más pobres, siendo enfermeras y maestras y era por las noches cuando volvíamos al convento.

Sin embargo, después de algunos años, 24 hermanas pudieron hacer sus votos en esta nueva congregación. Yo fui madre superiora de este convento hasta que cumplí 63 años, fecha en que renuncié a este cargo. Pasaron varios siglos hasta que la Iglesia me reconoció como Sierva de Dios y fue el Papa Juan Pablo II quien me nombró Santa (fui canonizada) el 31 de octubre de 1982.

Desde entonces en el mes de enero se celebra una fiesta para recordar como fue que trabajé para nuestro Señor Jesucristo: ayudando a la fundación de una ciudad, siendo maestra, enfermera, y religiosa.